



HE estado en un bautizo. Se celebraba en la misma clínica del natalicio; una clínica casi, enteramente reservada a la maternidad. Es un acento especial esas clínicas. El dolor se hospeda en ellas, como es lógico; pero es un dolor sin tristeza y sin drama. Durante muchos años viví costanera-mente de otra clínica igual. He sido trasnochador desde que tengo uso de razón, y no había vez en la que no subiera la rampa del garaje, frontera a ella sin ser escoltado por ayes y gritos, por desgarradores alaridos. Taladraban el aire de la madrugada, ascendían a través de él como una jabalina, y se perdían bajo las estrellas impávidas. El lavacoches me guiñaba un ojo y me hacía siempre un comentario lindante con la obscenidad. A mí—lo confesaré—no me angustiaba demasiado aquella patética escenografía. Sabía cual había de ser su desenlace normal y cómo iba a resolverse todo poco después en puro goce, en lágrimas alegres.

Pienso, sin demérito ninguno para la profesión de tocólogo, que éstos deben apuntarse los éxitos en porcentajes superiores a los demás profesionales. La Naturaleza va en su ayuda, les precede con una sonrisa... No faltan, claro está, los perances ni las muecas del destino, pero son pocos. El tocólogo tiene los elementos a su favor. No lucha contra ellos como otros especialistas. Y el duelo de la vida y la muerte, tácitamente entablado entre las blancas y asépticas paredes de los quirófanos, suele ser ganado por aquélla. Duelo terrible y sucio, y no por causa de la muerte—sugería Anouilh—, porque la muerte quiere cortar limpiamente, de un solo golpe; sino de la vida que se defiende—añado yo—como un sentenciado cobarde.

Hoy he recorrido el pasillo de esa clínica camino de la capillita, adonde estaba a punto de llegar el catedúmeno. No era el suyo el único bautizo de la tarde. Por las puertas a medio abrir sorprendí unas mesi-

BAUTIZO

tas con pastas y botellas y unos ramos de flores. Otros bautizos se celebraban, antes o después. Los visitantes, que rebasaban el aforo de las habitaciones, tenían un aire festero y había entre ellos varios chiquillos endomingados.

Tropecé al tocólogo en un momento dado, camino de la sala de incubadoras. Este tocólogo es un gallego estupendo, alto y jovial, por cuyas manos han pasado más recién nacidos que habitantes tiene Guadalajara. Domina su técnica con una precisión fabulosa y está asistido de unas auxiliares magníficas, cuyo arte, entre otros, consiste en saber hasta qué minuto justo pueden dejarle dormir sin turbar su reposo. Templan el nervosismo de los abuelos, siempre mayor que el de los padres; les engañan con arteria, y sólo cuando registran el síntoma indudable, marcan el número del teléfono que les pone en marcha. El tocólogo acude resuelto, expeditivo, casi infalible. Después, se va a esperar nueva llamada. Pero, normalmente, no se le vuelve a ver. Las madres le sonríen siempre, donde le encuentran, con cierta filial complicidad, pero sus hijos lo ignoran. Este tocólogo famoso puede cruzar sin ser reconocido la calle de Serrano y, sin embargo, yo creo que uno sí y otro no de los menores de edad que pululan en sus cervcerías le han tenido de guía en esa ajuana del mundo de las sombras al mundo de la luz. Con los médicos de nuestras enfermedades de adolescencia, de juventud o de madurez, trabajamos amistad siempre. La gratitud hacia ellos, que nos han ahorrado riesgos y sufrimientos, fluye incansablemente, y los cirujanos, sobre todo, saben có-

mo es de generosa y duradera. Los tocólogos suelen ser demasiado viejos a la hora de la amistad y, al fin y al cabo, más son médicos de las madres que de los hijos.

Este del que os hablo figó un segundo, sólo un segundo, la ceremonia. Sabía que sería acogido por los asistentes con sincera alegría; pero se abstuvo de entrar. Sonrió con cierta ironía pícaro y nos abandonó a los latines del párroco y a los berridos de la criatura.

Que, dicho sea de paso, fueron sensacionales. Los acordes del órgano los ahogaban a veces; otras, eran insuficientes. El bautizado acusó como cuerpos extraños el agua, la sal y el aceite. El párroco fué implacable. Comprendimos que el bautizo había acabado porque, de improviso, cesó el lloriqueo del niño. Ahora se oían tan sólo las preces del párroco ofreciéndole a una imagen de la Virgen.

El nuevo cristiano salió de la capilla en un révuelo de faralaes y piropos. Los niños pugnaban por mirarle urgidos de la misma curiosidad que les provocan los animalitos perdidos en los hierbajos del jardín. Los mayores escrutaban, no sin cierta zozobra, aquellos ojos minúsculos, aquella boca palpitante que reclamaba su alimento.

El monaguillo apagaba las luces de la capilla. Un ser nuevo acababa de entrar en el seno inabarcable de la Cristiandad. (El protagonista de "Ribanova", la novela de mi malogrado hermano Leopoldo, bien conocida en la raya de Galicia y Asturias, comentaba la sutileza con que la Iglesia ha elegido para hacerse presente los momentos claves de la vida del hombre. Este, primero, en sus albores; el del matrimonio, después, y el de la muerte. En esos tres instantes, la Iglesia sale a nuestro encuentro para recibir-

51

nos, para bendecirnos y para darnos su adiós.)

Arriba, en el saloncillo, esperaba el coro de los abuelos, de las viejas criadas de la casa, de los hermanos menores y la cenefa borrosa de los tíos. Los padrinos centraron un breve segundo los comentarios generales. Habría que llevar a la patermiología, si es que falta en ella, alguna referencia a la torpeza de manos del padrino. ¿Con qué podríamos buscar paralelo adecuado a la clásica impericia de esas manos que no saben qué hacer del ahijado y parecen exponerle a un percance irreparable? Se notaba ahora al padrino, aliviado de su función, ya cumplida, y se le veía moverse con el mismo desembarazo de los cadetes cuando abandonan el sable en el recibidor.

Al fin se cumplimentó a la madre. Sonreía tiernamente, un poco pálida. El catecúmeno había sido devuelto al moisés, y sus vagidos, aun siendo tan leves, señoreaban las conversaciones generales. Una enfermera recomendó silencio, y fué obedecida. Salimos todos los intrusos, agotados ya los elogios de rigor, los mimos y las carantoñas. La persiana nos robó el paisaje fronterero—un paisaje inhóspito, por cierto—de solares, de casuchas, de tapias con letreros desfigurados. Después, tras la puerta, se reanudó el eterno y conmovedor diálogo de la madre y el hijo. El padre, inclusive, se ausentó igualmente, como si también considerase su presencia inoportuna y no quisiese turbarlo.

Y salimos de la clínica. Con una cierta sensación de presteza, como de un mundo que, pese a tantos atenuantes, no es atractivo y en el que no se encuentra uno a gusto.

Cierto: la Muerte apenas si desciende, siniestramente, a ensanchar su clientela en las naves de estas clínicas. El dolor, conformes, desemboca en una felicidad serena; pero el Kempis que nos canta periódicamente sus terribles verdades, de las que, por miedo o por inconsciencia, intentamos olvidarnos, anda rondando con su vecindad amarga estas ceremonias, a pesar de su alegre contorno.

La calle, la calle con su fresco ramalazo de lluvia y de aire, pronta a verdecer con las acacias cercanas, nos sumergió en seguida en su torbellino, en su alucinante marea. Parejas de enamorados, de transeúntes inidentificables, gentes de toda laya y condición, se perdían a derecha e izquierda. La Vida, así, con mayúscula.

Lanzamos una mirada, una última mirada, a la ventanita familiar. Sí, la persiana sigue echada, y un nuevo ser, recién llegado, respira allí, un nuevo protagonista futuro para el amor y para la lucha diaria; para el placer y el sufrimiento; un nuevo reo, en suma, pese a su profunda inocencia, de las tremendas postrimerías que gravitan sobre el destino del Hombre.

